



MORUENA
ESTRÍNGANA

EL MARQUÉS
QUE NO
DEBERÍA
AMAR

MORUENA
ESTRÍNGANA,
EL MARQUÉS
QUE NO
DEBERÍA
AMAR

BOOKISS, 2022
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

BOOKISS

Primera edición, septiembre 2022
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19147-28-8
Depósito Legal: CS 591-2022
Copyright © 2022 Moruena Estríngana
Copyright © de la cubierta: Borja Puig
Copyright © de la foto de cubierta: shutterstock
Corrección: Merche Diolch

Código THEMA: FR

Copyright © 2022 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

*Dedicado a mi marido y a mi hijo.
Os quiero.*

Prólogo

Simone intentaba ver desde las escaleras al prometido de su hermana Agnes, pero no lo lograba. Solo sabía que era moreno y muy alto, y que tenía dieciséis años. Se iba a la guerra y no sabía cuándo regresaría.

Ese era el motivo por el que querían hacer pública la pérdida de mano, para forjar una alianza entre las dos familias, a pesar de la corta edad de los jóvenes.

A ambos duques les interesaba esta unión. Sobre todo, a lord Foster, el padre del prometido de su hermana, porque su ducado no pasaba por su mejor momento y necesitaba la dote de su hermana. Se la iban a adelantar, dejando la boda para cuando su hijo regresara de la guerra.

En caso de que muriera en la guerra, la dote no debía ser devuelta, pero, si su hijo rompía el matrimonio, deberían pagar el doble.

Era un acuerdo para asegurarse de que nunca se rompería el trato, si esto suponía su ruina.

Los vio celebrar el evento y, cuando los músicos tocaron los primeros acordes, se dejó llevar por estos y bailó sola entre las sombras de la escalera.

Sabía que mientras estuviera ahí sería libre.

Algo que en su casa no pasaba a menudo.

Desde que nació, su familia se empeñaba en ocultarla de cierta forma. Primero no queriendo que casi saliera de la finca familiar y, conforme creció, su madre le compraba

ropa ridícula y poco agraciada para vestirla. Estaba cansada de llevar cientos de lazos en la cabeza. Su abuela le quitaba siempre algunos y, para no enfadar a su nuera, le decía a la pequeña que tuviera paciencia, que un día nadie podría ocultar su belleza.

Sus abuelos eran los únicos que daban algo de cariño a la pequeña, pero, por desgracia, su abuelo murió hace poco más de un año y solo quedaba su abuela. Bueno, ella y los sirvientes, con quien Simone tenía una estrecha relación al pasar más tiempo con ellos, que con su familia.

Sobre todo, con el ama de llaves y la nieta de esta, quien la ayudaba siempre a vestirse.

Por eso, no estaba invitada a la fiesta de su hermana, porque una vez más su presencia molestaba a su madre. Algo a lo que la niña dejó de buscar una explicación hacía años. Simone corría mientras la seguía un pequeño cerdo.

La joven lo cogió entre sus brazos sin importarle llenarse de barro.

La madre del cerdo la tiró al barro y las carcajadas de Simone resonaron con fuerza.

Su abuela se acercó a ella y le tendió un pañuelo.

—Esto no es propio de una dama —la reprendió con cariño, secando la cara de la joven.

—Necesitaban ayuda con los cerdos —dijo la niña—. Y a mí me gusta ayudar, abuela.

La mujer miró con tristeza a la pequeña sabiendo que, aunque amaba su lado salvaje y aventurero, debía cortarle las alas o el mundo sería muy cruel con ella.

—No puedes hacer esto, y no debes olvidar lo que se espera de una dama, Simone.

La joven agachó la mirada y siguió a su abuela.

Esta le repitió todo lo que se esperaba de ella, mientras rogaba que su pequeña lo recordara para cuando llegara el momento.

Había perdido a una hija por dejarle libertad de elección, por creer que tenía derecho a ser libre... y no pensaba cometer los mismos errores con su nieta. No era tonta para no ver en los grandes ojos verdes de Simone que, si no tenía cuidado, se metería en muchos problemas.

Solo esperaba estar equivocada.

Simone tenía la manía de escaparse de casa a nadar en el riachuelo que había cerca y, tras la charla con su abuela, lo necesitaba más que nunca. Sentía que la estaba defraudando y le costaba mucho recordar cómo debía ser, y no dejarse llevar.

Solo tenía diez años, pero ya se podía atisbar en ella la preciosa mujer que sería. Su abuela juraba que, cuando lo hiciera, eclipsaría la belleza de su hermana.

Tal vez, por eso, su madre apremió a su padre para cerrar un acuerdo de boda de su primogénita al ver que, cuanto más mayor se hacía su hija mayor, menos atractiva era. Era su ojito derecho, y no quería que nadie la eclipsara, cuando llegaran a ser presentadas en sociedad. Su madre temía que, entre la escasa belleza de la joven y su forma de ser, no consiguiera un buen matrimonio; al menos no un ducado.

Las hermanas se llevaban solo dos años y, mientras Simone era dulce y cariñosa, Agnes era orgullosa y egoísta.

Se quedó en camisa y se metió en el agua.

Se puso a nadar hasta que una voz la asustó.

—Bonita mañana.

Simone gritó y se hundió en el agua.

Cuando emergió, vio a un joven en una roca, observándola. Solo llevaba una sencilla camisa blanca y unos pantalones negros. Su mirada azul era intensa y de un color tan oscuro que parecía estar viendo una tormenta. Sonreía de medio lado y era el chico más guapo que había visto en su corta vida. Con ese pelo negro y ese porte tan elegante.

—Sí, señor.

—El agua está congelada, señorita.

Ninguno de los dos hizo amago de presentarse.

Aquello no estaba bien visto por su sociedad: una mujer nunca debería encontrarse con un hombre a solas.

—No pienso dejar que un poco de frío me prive de esto.

Él sonrió y, tras pensarlo, se tiró al agua.

Emergió cerca de ella y se perdió un instante en los ojos verde esmeralda de la joven.

—Sus ojos parecen un reflejo de estas aguas —le dijo fascinado por la belleza de esa niña.

A pesar de la corta edad de esta, ya se podía atisbar que pronto sería una bella mujer. De esas que hacen latir cientos de corazones a su paso.

—Gracias.

Nadó un poco y la siguió con cierta prudencia.

Ninguno hizo amago de irse, como si estar ante un extraño en paños menores fuera lo más normal del mundo.

Simone siempre había sido una aventurera, y no le asustaba el peligro. Tal vez por eso, en vez de salir corriendo y hacer lo que se esperaba de ella, siguió allí dejando que su corazón latiera fuerte, preso de la emoción de hacer algo prohibido.

—No es prudente que una joven esté sola por estos lares.

—Nadie lo sabe, y lo que no se sabe no se castiga. —La joven sonrió al dar voz a las palabras de su abuela.

Se las repetía cuando la veía regresar y le pedía que no le contara donde había estado, porque, al no saberlo, no podía reprenderla.

—Cierto. Hay algo atractivo en lo prohibido. —Ambos se miraron y Simone notó que su tierno corazón latía más rápido de lo normal—. Es usted una aventurera.

—Como si eso fuera a importar cuando crezca. No he nacido para vivir aventuras.

—La entiendo. —Había pesar en su voz.

El joven salió del agua y ella lo siguió con la mirada. Sacó del bolsillo un reloj antiguo y la miró.

—Este reloj era de mi abuelo, y, donde voy, tal vez se pierda. —Lo dejó sobre el suelo—. Se lo regalo para que, cuando lo mire, recuerde la emoción de vivir aventuras. Tal vez usted pueda luchar por ellas. —Le guiñó un ojo y se fue.

Simone salió del agua y lo cogió.

Era un reloj precioso; de esos donde se puede apreciar el mecanismo.

Lo acarició con los dedos y pidió a Dios que protegiera al joven allí donde fuera.

Pensó en sus palabras y supo que, aunque quisiera, no podía vivir como quisiera. Su vida estaba marcada por los dictados de su madre y en todos ellos estaba el ocultarla para que no destacara más que Agnes. Ella sabía que no había nacido para explorar el mundo en busca de experiencias, sino para seguir los dictados de su egoísta madre. Y, cuanto más crecía y más hermosa se volvía, las cosas se ponían más y más feas para ella.

Ese sería su mayor lastre, pues Simone había nacido destinada para brillar.

Capítulo 1

*Diez años más tarde.
En los alrededores de Londres. Siglo XIX.*

Simone

En mi casa reina el caos, porque dejamos la casa de campo para regresar a Londres, para preparar la temporada.

Estamos en verano y no será hasta primavera, pero mi madre quiere que nos hagan buenos y caros vestidos para ello. Bueno..., a mi hermana. A mí seguro que me tiene reservados ridículos vestidos y peinados para que no eclipse a mi hermana.

Mi padre ha insistido en acudir a la Corte para que me conozca la reina.

Tengo veinte años, y mi presentación debió de ser el año pasado, pero murió mi abuela y estuvimos de luto.

Mi abuela se esforzó mucho en mi educación, ya que mi madre tuvo al fin a mi hermano, el heredero de mi padre, y, desde que nació, mi presencia en esa casa pasó más desapercibida para mis padres y mi hermana que nunca.

Mi padre ya ha dejado claro que quiere casarme esta temporada, sea como sea. Tenerme en su casa es una molestia, ya que, para él, las mujeres solo somos mero ganado que vender al mejor postor; y seguramente nunca sea el que yo

elija. Es un hombre que antepone las normas sociales y su título a todo lo demás.

A mi padre es mejor no tenerlo como enemigo nunca. Me consta que en la Corte más de uno le teme, pero su ducado es una de las mayores riquezas de Londres, y muchos le deben favores. Por eso, es invitado y casi idolatrado allí por donde va.

Está educando a mi hermano para que sea un calco suyo. Solo tiene nueve años y ya es un niño déspota y malcriado. Como mi hermana Agnes.

A veces me cuesta comprender por qué soy tan diferente a ellos, ya que físicamente tampoco nos parecemos mucho.

Mi hermana Agnes tiene el pelo castaño y los ojos marrones, al igual que mi hermano. Ambos se parecen a mi madre.

Yo, según dice mi abuela, me parezco a un familiar que murió, con mi pelo rubio como el trigo y los ojos grandes de color esmeralda. Para desgracia de mi madre, mi cuerpo muestra generosas y atractivas curvas donde mi hermana es plana como una tabla y, por más que come para conseguir-las, no lo logra.

Para ocultarlo, uso vestidos y corsés que me oprimen el pecho hasta doler para que mis curvas no empañen el cuerpo sin gracia de Agnes.

Cojo un libro de la librería y salgo hacia los jardines.

Al salir, saludo a todos los sirvientes, aunque sé que mi madre lo odia. Ella siempre me recuerda que nunca debo prestar tanta atención al servicio. Los trata casi como si fueran esclavos. Algunos se acuestan cerca de las doce de la noche para levantarse con el sonido del gallo.

Yo no soporto este trato injusto, y por eso la ignoro porque son parte de mi familia.

El ama de llaves se me acerca y me tiende un pan recién hecho, como sabe que me gusta.

La miro con cariño.

—Es usted la mejor, señora Fisher.

—Solo es un trozo de pan —dice, restando importancia al detalle que es tan especial para mí.

Se marcha a trabajar con su uniforme impoluto. Mi madre odia las manchas y si esto ocurre, deben cambiarlo por otro, antes de estar ante su presencia.

Me alejo por el jardín comiendo el pan.

Me encanta cómo se deshace en la boca al morder su crujiente capa y ese olor a harina caliente.

Me siento bajo un sauce llorón y me pongo a leer mientras degusto mi pan, mientras leo. Es como si pudiera huir de este mundo y ser libre. Viajar a un mundo donde puedo ser quien yo quiera sin tener que sentirme mal por ello.

Mientras leo, soy una aventurera indomable.

—Con suerte, tu padre te conseguirá un buen matrimonio esta temporada —alega mi madre a la hora del té.

Mi hermana levanta la mirada de su labor.

—¿Y la casará antes que a mí?

—Ya hemos hablado de que no. Solo será un acuerdo y, cuando tu prometido regrese, os casaréis. Luego, Simone.

—No llevo diez años esperando para que ahora mi hermana se case antes que yo.

—Por mí podemos retrasar mi presentación en sociedad hasta que regrese el prometido de Agnes.

—Ni hablar. Hay que buscarte prometido cuanto antes, y un problema menos del que ocuparme —sentencia mi madre.

Me tomo el té sabiendo que no tengo muchas opciones de elegir y que, desde niña, he sabido que mi futuro nunca sería mío.

Miro a mi hermana que sonrío de forma malévola. Disfruta cuando nuestra madre me trata así.

Aparto la mirada.

Yo quería una hermana con la que compartir batallas, y tengo una con la que, sin querer, mantengo una guerra constante donde ella debe ser la ganadora siempre.

Siento el agua acariciar mi cuerpo.

Por suerte, nadie en mi casa sabe que encontré este lugar hace años y que, cuando salgo con un libro para leer en los jardines, no siempre es en los de mi familia.

Este lugar me da paz y me hace sentir que, por unos instantes, soy la dueña de mi mundo.

Salgo y me seco al sol, dejando que mi pelo rubio como el trigo sea acariciado por sus rayos.

Es tarde cuando busco entre mis ropas, que están a un lado, mi reloj para ver qué hora es.

—De verdad... ¿es usted esa niña de grandes ojos verdes?
—Me giro y veo apoyado en el árbol a un hombre que me observa con descaro—. Sí, ahora que me pierdo en sus grandes ojos, no tengo dudas. Siempre supe que se convertiría en una mujer hermosa.

Baja la vista por mi cuerpo y noto cómo me sonrojo por la intensidad de sus ojos azules.

Nunca nadie me ha observado con tanto descaro.

Lleva solo una camisa blanca y unos pantalones negros. No sé cuánto tiempo lleva ahí parado, mirándome.

Me agito mientras observo los ángulos de su cara. Es sin duda el hombre más apuesto que he visto en mi vida. De piel morena por el sol, pelo negro y grandes ojos azul oscuro... Siento que lo conozco de antes, pero no logro ubicarlo.

Anda hacia mí y mira mi reloj, y entonces entiendo sus palabras.

Lo recuerdo de hace diez años, mirándome con el mismo descaro. Era solo una niña, y me dejé llevar por mi lado aventurero, en vez de por la prudencia.

—Pensé que nunca volvería a verlo.

—Es lo que tiene ir al infierno, que nunca se sabe cuándo se regresará o si lo hará un día.

Nos miramos a los ojos.

Su mirada es muy intensa y todo lo que veo en él me dice que salga corriendo; que no olvide que soy una señorita decente. Esto no cumple las normas de etiqueta, y yo no tengo el derecho de estar así con un hombre.

Pero aquí sigo, y no sabría explicar bien por qué.

—Una vez más, estar aquí, hablando sin carabina, no es prudente, señor.

—Bueno, dudo que alguien sea tan loco para venir a bañarse a estas aguas heladas. Por si no lo sabe, la gente de por aquí odia el baño.

Sonrío.

—Sí, lo que hace que sea mi lugar perfecto para escapar —le confieso, y no sé muy bien por qué.

Se quita la camisa y va hacia el agua.

No debería admirar su torso desnudo. Ni apreciar lo marcado que está. Ni tampoco preguntarme de qué son las cicatrices que veo en él.

Debería salir corriendo escandalizada, pero el problema es que hay algo muy atractivo en el peligro. En hacer algo que no debería.

Nada y me observa.

Sus ojos azules esconden secretos que hace años no estaban ahí. Ha cambiado, y no solo en apariencia. Hay algo dentro de él que se ha roto. Lo veo en su mirada.

Veó en sus ojos una invitación a que me sumerja.

Es una locura. Debería irme escandalizada.

No debería levantarme y andar hacia el agua ante su atenta mirada.

Esto no es decoroso.

Estoy rompiendo cientos de normas de etiqueta, y sé que por eso lo hago, porque estoy cansada de ellas.

Al menos, en este lugar, nadie sabe que cuando no soy contemplada, me aferro con fuerza al peligro por el mero placer de sentir algo más que llene mis días grises de luz.

Estoy loca. Lo sé.

Estoy aterrada por si este hombre me hace algo malo, pero es la primera emoción fuerte e intensa que he tenido en mucho tiempo.

Me tiro a la poza de cabeza, cansada de no sentir nada en mi monótona y cotidiana vida.

Siento el agua acariciar mis pies.

Sonríe descarado, y le devuelvo el gesto, sintiendo que, por unos segundos, he dejado de ser lady Simone, y solo soy una descarada joven que tontea con un hombre atractivo.

Al que seguramente, no vuelva a ver en mi vida cuando me casen y me toque ser una esclava en la casa de mi marido.

Noto los pololos empaparse de nuevo y como la camisa se moja mientras me sumerjo.

Me hundo del todo y cierro los ojos.

Hay tanto placer en la libertad. Tanta paz en sentir que puedo elegir mis pasos.

Cuando emerjo del agua, él sigue ahí observándome con una intensidad que eriza mi piel, porque la siento como una caricia.

—Por aquí cerca hay una cueva, pero debe bucear. ¿Se atreve?

Me invade el miedo. Una cosa es bañarme cerca de él, y otra seguirlo.

—Todo esto no está bien...

—Como si ir o no a la cueva cambiara en algo estar bañándose con un extraño. Me debato en si es una valiente o una insensata.

—Con seguridad, lo segundo. —Sonríe de una forma que hace aletear mi corazón—. Prométame que, si nos volvemos a encontrar, nunca contará esto.

—Le doy mi palabra de caballero. —Hace una cruz sobre el pecho y empieza a nadar.

Lo sigo sabiendo que esto es una locura y que, como sea un loco o algo peor, me matará y nadie sabrá de mi muerte.

Lo triste, es que la muerte no me parece tan mala sabiendo lo que me espera en unos meses cuando las fiestas empiecen y deba ser presentada en sociedad.

Me aterra sobremanera el marido que me escoja mi padre. Saber que un extraño tendrá el poder sobre mí, y que use su poder como esposo para hacer con mi cuerpo lo que quiera.

Me han educado para esto: para servir a mi esposo, para agachar la cabeza ante lo que él diga y obedecer, pero estoy más aterrada por mi incierto futuro, que por lo que pueda hacerme este desconocido, porque, al menos, pase lo que pase ahora, he llegado aquí por elección propia y no por los dictados de mi familia.

Me observa de reojo y llegamos a una pequeña cascada sobre una roca.

—Deme la mano y coja aire. —Miro su mano morena y me pregunto por qué confío en él cuando mis dedos tocan los suyos, sin dudar un segundo.

No estaba preparada para la descarga, ni para el placer de sentir su piel sin guantes.

Cojo aire como él, y me sumerjo cuando lo hace.

Me invade el miedo cuando pasamos por la cascada, y me aferro a la mano de este desconocido.

Lo sigo hasta que emerge tras unos pocos metros.

Tomo aire cuando salimos, y me quedo sin palabras ante la belleza que tengo ante mí.

Es una cueva recubierta de vegetación con una ventana natural en lo alto.

—Es precioso —digo sin soltar su mano, como si ahora mismo fuera mi salvavidas.

—Lo descubrí unos días antes de encontrarme con usted, hace años —me explica—. Pasé la cascada, sumergido, y vi luz. Me dejé llevar por ella.

—Podría haber muerto.

—Iba a la muerte... ¿Qué más daba morir un poco antes? —contesta sin darme mayor explicación.

Se suelta y nada por la zona.

Yo subo mi cuerpo para flotar en esta agua trasparente, mientras miro el cielo sobre nuestras cabezas.

Hace lo mismo que yo, y nos quedamos en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos.

No debería estar aquí, ni sentir tanta paz con este extraño.

Me giro para ver qué hace, y lo pillo observándome.

No aparto la mirada. Me gusta el descaro de poder observarlo sin recordar que una señorita nunca debería ser así. Me gusta sentir que no hay nada malo en dejar que mi lado curioso salga a la luz.

Mi abuela decía que mi lado aventurero me metería en problemas, y, aunque me lo recordaba cientos de veces, que no debía ser así, cuando regresaba de mis aventuras, tras una severa mirada, me abrazaba.

Un día me dijo que le recordaba a la hija que perdió.

En mi casa no se habla de la hermana de mi padre, por lo que no sé de qué murió. Solo sé que, como yo, era una aventurera, y tal vez se metió en problemas.

Siempre trato de ocultar mi fuego, mis ganas de comerme el mundo, de descubrir lugares nuevos, y de vivir cientos de experiencias que solo están en los libros, pero es en ocasiones como esta, donde no puedo ocultar mi verdadera naturaleza. Y, por eso, me baño con un extraño por el simple placer de sentir.

—Sigue siendo una aventurera —dice recordando nuestra primera y única conversación.

—Eso siempre, pero guárdeme el secreto.

Me guiña un ojo y sigo perdida en las facciones de su cara.

No debería mirarlo con tanto descaro, ni dejar que él haga lo mismo.

Lo he visto recorrer mi cuerpo con una mirada que ha acelerado los latidos de mi corazón.

Esto es pecaminoso, prohibido... Es la mayor aventura que he vivido en mi vida. De esas que recordaré, mientras finjo ser la mejor lady de todas.

Tal vez hago esto porque siento que, si me pillan, el castigo no puede ser peor que casarme sin amor.

Nos observamos en silencio.

A veces no hace falta decir nada para sentir en una mirada que estás ante la conversación más intensa de toda tu vida.

—¿Volvemos?

Estoy tentada de decirle que no, pero asiento porque una señorita no tiene derecho a soñar.

Me tiende la mano y la cojo, y una vez más, ahí está el escalofrío que es más intenso que el frío del agua.

Nos sumergimos y nos marchamos de aquí.

No me suelta hasta que salimos del agua.

Voy hacia mi ropa y busco cómo secarme. Entonces, me tira su camisa, que se quitó antes de entrar en la poza.

Me guiña un ojo y se aleja, mientras me seco como puedo.

Lo veo ir hacia un caballo negro precioso y sacar una camisa limpia de las alforjas del caballo. Le da una manzana que llevaba guardada y regresa con la camisa puesta, y una manta pequeña en la mano.

Yo trato de taparme con su camisa, ya mojada.

—Tenga. Le ayudará a secarse, porque supongo que la esperan para comer pronto.

Busco el reloj y veo qué hora es.

—¡Maldición! —Tarde, me doy cuenta de que tales palabras no son propias de una dama, hasta que me veo medio desnuda ante él y no hago nada por rectificar mi impropio.

Me tapo con la manta y le tiendo el reloj.

—No hace falta que me lo devuelva.

—Aún me sigue pareciendo increíble que me recuerde tras tantos años.

—No es fácil olvidar a un hada, aunque ahora parece más una ninfa —me dice con un deje canalla.

—Ese comentario no es apropiado, señor.

Se ríe.

—¿Y qué lo es en todo esto?

—Cierto. —Miro el reloj y se lo tiendo—. Donde voy, no me sirve. Debería quedárselo...

—Es suyo. Quédeselo para recordarme.

Me guiña un ojo y se empieza a ir.

—¡Como si quisiera hacer tal cosa! —Se ríe—. ¿Qué hago con sus cosas?

—Lo que quiera. —Monta al caballo tras ponerse las botas—. Hasta que esta locura de vida nos haga encontrarnos de nuevo, señorita.

Se despide de con un saludo militar que le respondo.

Lo observo marchar, sabiendo que no lo veré más, y temiéndolo a su vez que sea así.

Capítulo 2

Simone

Llego a mi casa y entro por la puerta de servicio.

Al verme el ama de llaves, la señora Fisher, me mete prisa para que me cambie para la comida, y me ayuda a no ser vista.

Subo a mi cuarto y me pongo ropa cómoda tras esconder la del desconocido, para que se seque antes de guardarla.

Antes de dejarla, la huelo y noto su esencia instalada en la prenda.

Todo esto es una locura.

Nunca debí haber pasado tiempo con él. Ni haber ido hacia ese lugar. Podría haberme violado o matado, y nadie lo sabría jamás. No fue correcto, y tal vez por eso lo hice. Si me llegaran a descubrir, quizás se anulaban mis opciones de casarme, aunque lo dudo. Mi padre siempre consigue lo que quiere y, si no, paga o amenaza para lograrlo.

Bajo a comer y, como siempre, evito hablar o que mi voz se eleve más que un susurro.

Mi padre odia que hablemos en la mesa. Solo él tiene permiso para hacerlo. Por eso, las comidas y las cenas son su parte favorita. Nos cuenta sus hazañas y todas callamos porque no tenemos permiso para alzar la voz.

Poco antes del postre, el mayordomo le acerca una bandeja con una nota.

Mi padre rompe el lacre de la nota y sonrío al leerla.

—Buenas noticias, hija. —Mira a Agnes—. Tu prometido no ha muerto en la guerra. Su padre me ha escrito para contarme la buena nueva. Están instalados en su casa de campo. Podremos preparar una cena. —Mira a mi madre directamente—. Organízalo todo para el viernes.

Mi padre se marcha y mi madre mira a Agnes, y ambas sonríen.

—Pronto serás la marquesa de Hotlands.

—Sí, esperemos que la guerra lo haya traído de una pieza o sentiré repulsión cada vez que lo mire. Odio las cicatrices.

—Mi hermana pone cara de asco.

Es muy superficial y fría, como ella sola.

Se marchan para prepararlo todo, y me quedo sola.

Mi momento favorito. Dejo de sentarme recta y disfruto de la tarta.

Miro a mi dama de compañía, la señorita Mills, y esta sonrío.

—Debería probarla. —Le tiendo con una cuchara y se acerca tras mirar que nadie nos mira.

—Deliciosa —me responde.

Le corto un trozo y miramos hacia la puerta.

Hemos hecho esto mil veces.

La señorita Mills es un poco mayor que yo, y lleva años siendo mi dama de compañía. Vivía en la casa de su abuela, el ama de llaves, y cuando tuvo edad para ser mi dama de compañía, mi abuela la puso a mi lado. Me dijo que ella sería buena para mí.

Mi madre no quería que tuviera una, pero por alguna extraña razón, no se negó a los deseos de mi abuela.

Guardamos todo con cuidado para no ser pilladas.

Mi padre no quiere que la comida que sobra sea para el servicio. Prefiere que la tiren o la usen para dar de comer a los animales.

Odio que haga esto; que se desperdicie tanta comida solo para que la gente, al ver la mesa llena de manjares, sienta que nos sobra el dinero.

Por eso, mi hermana odia su delgadez extrema. Dice que la gente puede pensar que nos falta dinero, porque su cuerpo no está acorde con la fortuna de nuestro padre.

Mi hermana odia estar delgada, y se queja de esto muchas veces.

Me levanto y, mirando a la puerta, guardo varios trozos de carne y pan en unas servilletas. Lo escondemos para que se lo lleve a los niños. Esto lo hemos hecho muchas veces y sabemos cómo proceder.

Mi padre se cree que lo controla todo, pero, lo que ignora es que el servicio siempre me ayuda a mí, más que a él, porque yo los trato con respeto.

Nos marchamos con mirada cómplice y representando el papel de señorita y dama de compañía. Poca gente sabe que además somos buenas amigas.

Regreso a mi dormitorio y le pido que me deje sola para echarme una siesta.

Se marcha con la comida bien escondida.

Cierro la puerta y voy hacia donde escondí las cosas del desconocido.

Las toco, y compruebo que están secas. Las guardo bajo una de las maderas rotas del suelo tras levantarla, donde tengo mis secretos. Libros prohibidos y monedas que voy ahorrando por si un día las necesitara.

Me las llevo una vez más a la nariz y recuerdo lo que sentí cuando nuestras manos se tocaron; ese calor que ardió en mí.

Sus ojos azules eran más hermosos que la cueva. Al igual que él. Los años lo han dotado de una belleza increíble. Su piel morena por el sol no se suele ver por estos lares, donde todos odian que el sol les tueste la tez y les haga parecer trabajadores del campo. Por eso, muchos usan polvos de arroz, para que la gente tenga claro que nunca han movido un dedo para tales tareas.

Yo no los uso, pero mi hermana y mi madre sí. Mi padre en las fiestas. Pero no les hace falta, ya que, todo en él, deja claro que se mueve en la abundancia del dinero.

Guardo las cosas bajo el suelo y lo cierro para que nadie sepa que ahí están mis secretos más ocultos.

Pienso en si leer o coser.

Me gusta más lo primero que lo segundo, pero al final me decanto por el dibujo.

Desde pequeña me han enseñado clases de dibujo, canto, instrumentación y clases de baile.

Mi hermana es buena en todos menos en el arte del dibujo. Por eso, cuando vio mi talento, le dolió tanto que mi padre dejó de pagar esas clases porque no quería que yo destacara en algo más que ella.

Por eso, los dibujos que hago los escondo, para no molestar a nadie con mi arte.

Dejo que mis manos me guíen y acabo por dibujar cada ángulo de su cara.

Sus ojos azules me siguen impresionando incluso pintados. Bajo esa sonrisa ladeada se esconden secretos que solo él conoce.

Paso los dedos por el dibujo y busco bajo las baldas del suelo el cuaderno de dibujo de hace diez años. Lo dibujé cuando era una niña.

Pongo los dibujos cerca cuando los encuentro. Los cambios son palpables y también cómo, durante estos años, he perfeccionado mi don para el dibujo.

Los guardo juntos, sabiendo que es mejor no recordar las locuras a las que a veces me lleva a realizar mi aventurero corazón.

—Tu vestido —me dice mi madre, tendiéndome la prenda que espera que lleve puesta esta noche, en la cena con el prometido de mi hermana y sus padres.

Miro el vestido. Es de cuando era una adolescente; lleno de lazos y adornos ridículos.

—Este vestido se mandó a donar porque no me venía —le indico.

—No te quejes tanto y pónitelo, que te oprima un poco el pecho no será para tanto. Y quiero el peinado a juego. He dejado lazos en tu cómoda.

Es el vestido más feo que tengo, y sé que la elección de mi madre es así para que no eclipse a su adorada hija.

No quiero discutir con ella, y por eso lo cojo.

Espero que se vaya para vestirme.

Cuando mi dama de compañía lo ve, cierra la puerta.

—Este vestido no le hace justicia. El color tan oscuro hace palidecer su piel.

—Es mejor no contradecir a mi madre.

—Intuyo que el peinado debe ir acorde con la ropa elegida.

—Sí.

—Como si la belleza de verdad se pudiera ocultar.

—Bueno, cuanto antes pase esta noche, mejor para todos.

—Sí.

Pienso si contarle a la señorita Mills la locura que hice hace días al seguir a ese extraño, pero no lo hago porque tengo miedo de escandalizarla o que me mire de forma diferente por ser tan descarada.

Desde entonces, no dejo de dibujarlo, como si quisiera plasmar cada instante de esa aventura y no olvidarla nunca.

Fue bonito sentirse tan viva.

Es una locura y sería una hipócrita si no admitiera que cada vez que he ido hasta la poza, no he esperaba verlo.

Tal vez es mejor que nuestros caminos no se hayan juntado de nuevo.

Mi madre toca a mi puerta y, cuando salgo, sonrío al ver que mis pechos quedan ocultos y mi cintura casi no se percibe.

Mi hermana usa corsés para realzar su busto y rellenos, para que parezca que tiene caderas.

Yo no necesito nada de eso.

—Ya han llegado —nos informa mi madre.

Mi hermana se pone recta y vamos hacia las escaleras, una a cada lado de mi madre.

Miro al suelo, porque mi madre así lo requiere siempre. Dice que no debo creermé superior a nadie.

En verdad, es que no quiere que mis ojos esmeralda eclipsen los oscuros de mi hermana.

—Es muy apuesto —comenta mi madre cuando estamos a punto de llegar al final de la escalera—. Lástima su piel

morena por el sol. Habrá que exigirle que se ponga polvos de arroz para que nadie piense que es un sirviente.

Alzo la mirada y me quedo de piedra cuando, al lado de mi padre, lo veo a él, al hombre con el que cometí la locura de descubrir esa cueva.

Él, al verme, se tensa y, aunque su madre le da en el brazo, le cuesta apartar los ojos de mí.

Yo también me veo incapaz de apartar la mirada del prometido de mi hermana.

Entonces, mi madre me tira de la mano con fuerza, lo que me hace tropezar y caer.

—Señor Fisher, que lleven a lady Simone a su cuarto por si se ha torcido el tobillo.

No hago amago de levantarme porque ha sido una orden.

Dudo que tenga permitido regresar a la cena.

Me cogen en brazos y, cuando miro hacia el prometido de mi hermana, estos se están saludando.

Pensar en ellos juntos retuerce mis tripas y no debería sentirme así. Es solo un extraño que nunca debí tener la suerte de conocer.